

## **CRECIMIENTO AGRICOLA Y CRECIMIENTO REGIONAL EN EL VIVARAIS CENTRAL. HISTORIA DE UN DIVORCIO EN LOS MARGENES NOR-MEDITERRANEOS (med. XIX-año 1980)**

He aquí una comunicación en la que no se va a hablar de transhumancia, viña, olivo o agríos, pero, en revancha, mucho de ganadería vacuna, y esto en una región, el Vivarais, situado en el borde oriental del Macizo Central, a 200 kilómetros aproximadamente del Delta del Ródano. Y, sin embargo, nos parece plenamente justificada su inclusión en el contexto de una reflexión mediterránea. Esta convicción no se apoya en la geografía administrativa: aunque es verdad que el departamento de Ardèche, que integra la antigua región del Vivarais, forma parte desde hace algunos años de los programas integrados mediterráneos (PIM), los arbitrajes políticos podrían no tener más que una relación lejana con las realidades económicas. Sin embargo, éste no es el caso. El Vivarais es mencionado por F. Braudel como una de esas zonas montañosas cuyos habitantes alimentan a la vez una fuerte emigración hacia las llanuras y la ironía de las gentes de más abajo (1). La evolución reciente ha venido a asegurar la validez de esta canción historiográfica prestigiosa: la agricultura especulativa mediterránea, considerada desde siempre como un mito alimentado por el éxito de los emigrantes en el Comtat venesino, tiende a convertirse desde hace un decenio para cierto número de explotadores o bien en un modelo a imitar o bien en un peligro a conjurar, sin perder por ello forzosamente su carácter mítico. La entrada de España en el Mercado Común ha reforzado aún más esta tendencia. Contestada por algunos es según los criterios climáticos retenidos, el Mediterráneo está con toda seguridad, y más que nunca, en los espíritus.

Esta invitación a introducir una zona de ganadería vacuna ubicada en los confines mediterráneos no procede solo de un esfuerzo de ampliación geográfico y temático, sino que se relaciona, más bien, con el deseo de que contribuya a la reflexión común sobre las relaciones entre crecimiento agrícola y crecimiento regional. El interior vivarois constituye, en efecto, una de esas regiones en las que la identificación entre las dos naciones ha seguido siendo muy fuerte. ¿Basta, para explicarlo, con razonar en términos negativos, insistiendo en la debilidad de la urbanización y de la impronta industrial durante el siglo XIX así como en el arcaísmo de las estructuras agrícolas y de las técnicas trabajo-intensivas? ¿La agricultura ha sabido encontrar en ella misma o en el aporte exterior los medios de la modernización reciente del conjunto de sus actividades? ¿Esta evolución confirma realmente la correlación tradicional entre agricultura y crecimiento, como repite con fuerza el discurso agrícola dominante?

No tengo la pretensión de proporcionar respuestas bien medidas y profundizadas a unas cuestiones cuyo alcance sobrepasa ampliamente el cuadro geográfico retenido. Pero el caso del Vivarais permite el empleo de dos tipos de información muy diferente: por una parte, la de una de las últimas grandes tesis de geografía rural, datada de manera significativa a comienzos de los años 1960, la de Pierre Bozon (2); por otra, una familiaridad personal desde hace varios decenios con el terreno. Creo, pues, haber dejado claro que lo esencial desde mi punto de vista es menor el aporte de información que la invitación al debate y, tal vez, la renovación de ciertos enfoques.

### **I. El peso del pasado. La agricultura dirige el juego hasta mitad de los años 1950.**

#### **I. 1. Policultivo tradicional y arboricultura: contrastes y complementariedades.**

No se pueden presentar en el marco de un trabajo como el presente todos los aspectos de una agricultura de caracteres muy diversos, derivados especialmente del clima, los suelos y el relieve. La insolación y la pluviometría son muy diferentes de Sur a Norte en el departamento, encontrándose todos los tipos de suelos: esquistosos, calcáreos, margas, aluviones, tierras volcánicas y terrenos cristalinos, que dominan en el Norte del Ardèche. En cuanto al relieve, aparecen llanuras y fondos de valle a pendientes a veces muy abruptas, mesetas intermedias (de 400 a 800 metros) y, finalmente, una muy alta que sobrepasa los 1.000 metros. Nuestras observaciones se centrarán sobre todo en los valles del interior y las precipitadas pendientes y mesetas intermedias, situadas en el centro-norte del departamento y que reúnen dos condiciones: una prolongada conservación del policultivo tradicional en asociación tardía con la arboricultura, una mutación espectacular apoyada en el regadío en el transcurso de los últimos decenios. Se trata de aspectos que no se reúnen en otras regiones, bien por el hundimiento de la agricultura (Levennes), bien por una orientación hacia el secano (viñedo del Sur), bien por la imposibilidad de mutaciones técnicas profundas debido a las restricciones del medio (las altas mesetas).

El policultivo tradicional, que dejaba un amplio margen a la ganadería, mantuvo sus posiciones, hasta mediados de la década 1950-1960. Por supuesto, múltiples explotaciones habían desaparecido ya, sobre todo las más reducidas o peor situa-

1 - F. BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Ed. 1985, T.I., pp. 11-12.

2 - P. BOZON *La vie rurale en Vivarais. Etude géographique*. Valence, 1961.

**CRECIMIENTO AGRICOLA Y CRECIMIENTO REGIONAL  
EN EL VIVARAIS CENTRAL. HISTORIA DE UN DIVORCIO  
EN LOS MARGENES NOR-MEDITERRANEOS (med. XIX-año 1980)**

128 das. Pero los abandonos de tierras eran aún escasos, limitados a las pendientes demasiado fuertes —y ni siquiera a todas—, porque el débil nivel de mecanización permitía cultivos y praderas en los pequeños campos en terraza. La ausencia de modernización de este policultivo constituye, en efecto, un rasgo esencial. Aunque los problemas de subsistencia han desaparecido, gracias, sobre todo, a la patata, el tractor sigue siendo una curiosidad; el ganado juega un doble papel de proveedor de energía y de productor de leche, con rendimientos a este nivel tanto más débiles cuanto que la selección apenas se practicaba. La segunda guerra mundial favoreció sin duda la conservación de estos arcaísmos cuyo resultado es evidente: una productividad del trabajo y unos ingresos escasos. Una granja con cuatro vacas era aún considerada como viable y reunía a menudo a varios activos masculinos.

Pero el policultivo iba acompañado, desde los años 1920, del desarrollo de una arboricultura especulativa muy dinámica. Este papel complementario del árbol no era nuevo en la región. Antes, había sido desempeñado por el castaño, cuya expansión máxima acompaña el impulso demográfico de fines del XVIII y de la primera mitad del XX. No se trata solo de un «árbol de pan», fundamental junto con la patata para la subsistencia de campesinos demasiado numerosos, sobre todo en las pendientes, sino de su aporte de un complemento monetario y, además, del empleo estacional que proporciona a través del cuidado de las plantaciones y, sobre todo, de la recogida del fruto. Después de la primera guerra mundial, los diversos problemas que afectan al castaño le impedirán continuar desempeñando estas diversas funciones, lo que constituye una de las causas fundamentales de la crisis de las pendientes, evocada más arriba.

En ese momento, nuevas producciones, orientadas en adelante únicamente hacia el mercado, vienen a asegurar el relevo, sobre todo en la zona central del departamento: se trata de los cultivos frutícolas, manzana y sobre todo melocotón, que conquistan el valle del Eyrieux entre las dos guerras y, desde los años 50, comienzan a trepar al asalto de las mesetas intermedias, hasta los 700 metros de altitud. Servida por una gran ingeniosidad en las prácticas de regadío por bombeo en los ríos, el cultivo del melocotón permite la supervivencia e incluso cierta prosperidad en explotaciones de superficie muy modesta, a veces menor de 5 hectáreas: el **hábitat** del valle del Eyrieux conserva las huellas de este enriquecimiento de la «edad del melocotonero». Con más de 50.000 toneladas en 1957, Ardèche era entonces el primer productor francés. Por último, al final de los años 50, la agricultura de los valles vivareses asocia un arcaísmo aparentemente poco hollado con una

apertura al mercado cuyos resultados en términos productivos y financieros son espectaculares, combinando unas exigencias bajas en superficie y en capital con una fuerte demanda de mano de obra, estacionalmente complementaria del policultivo ganadero.

### I.2. Una fuerte solidaridad entre agricultura y ganadería

Desde mediados del siglo XIX, los campos del Ardèche han sufrido una fuerte despoblación: entre 1861 y 1954, las zonas rurales del departamento perdieron el 44,1 % de sus efectivos humanos. La dependencia de este retroceso con respecto a los avatares de la agricultura, se pone de manifiesto mediante el examen de los diversos componentes, geográficos y cronológicos, del proceso conjunto. Las pendientes, como ya se ha señalado, han sido las más afectadas por la crisis de un microfundio que reposaba ampliamente en un policultivo de secano mediterráneo (cereales, vid, morera, ganadería menor). El sur del departamento ha visto contraerse su población más del 50% y, a menudo, más del 70% en los Cévennes. Las áreas ganaderas del Alto Vivaraís, en cambio, han perdido menos del 50% de sus habitantes y a veces por debajo del 40%. Concordancia en el espacio y también en el tiempo: la aceleración de la emigración después de la primera guerra mundial en el Vivaraís del Norte se debe en gran medida a las nuevas dificultades de la economía rural.

Que la agricultura haga pagar a la demografía sus propias dificultades constituye una constatación banal para la época contemporánea. Tampoco es muy original la observación de que el mantenimiento de arcaísmos frena la despoblación, antes, tal vez, de acelerarla. En revancha, es más interesante observar que esta situación se prolongó hasta el comienzo de la segunda mitad del siglo XX y, sobre todo, que conjuga sus efectos con otro fenómeno de significado económico radicalmente opuesto: la producción de vocación exclusivamente comercial. El policultivo ganadero retiene a los activos por su arcaísmo, pero la arboricultura les anima a quedarse por su modernidad.

### I.3. Una agricultura con efectos reales de arrastre sobre la industria

Aún sin evocar la industria textil de los valles o el curtido de Cheylard y de Annonay, que deben una parte de sus materias primas, lana, seda o pieles, a la producción regional, es preciso señalar que la agricultura vivaresa ha provocado la aparición de todo un sector industrial al cual, en el transcurso de

los años 1950, proporcionaba todavía lo esencial de sus materias primas: conservas de castañas en Privas y Aubenas; salazones de cerdo en Saint Agrève y Vernoux; lecherías privadas y cooperativas. Ciertamente, estas manufacturas están lejos de poseer una importancia comparable a la del textil regional en el siglo pasado. El interior del Ardèche ha perdido la mayor parte de su sector secundario, pero esta misma decadencia ha dado un peso nuevo a la agricultura, desde un doble punto de vista: se ha convertido en la principal actividad económica y constituye la base de industrias que figuran entre las más sólidamente establecidas.

Un policultivo apoyado en la ganadería y de productividad muy modesta, una arboricultura especulativa floreciente y unas fábricas en declive, es decir, una serie de elementos que confieren a la agricultura un papel fundamental en el empleo y en el conjunto de la economía local aún a finales de los años 50. Todo el problema consiste en saber si esta situación constituye una prenda para el porvenir, para la vitalidad del sector y de su puesto en la economía regional. La modernización de la ganadería, en particular, ¿puede conciliarse con el mantenimiento del empleo?

## II. La modernización de la agricultura o la inversión de los roles a partir de los años 60.

### II.1. Un éxito tardío: la modernización de la ganadería

Desde el comienzo de los años 1960, la reducción del número de explotaciones se acelera. Esta evolución es concomitante con la puesta en pie de una política de modernización de la agricultura entre 1960 y 1962. Pero la influencia de las diversas medidas depende también ampliamente de otros factores. Así, los efectos de la pensión vitalicia concedida a los campesinos que abandonaban el sector (IVD), implantada en 1962 estuvieron vinculados en gran parte a la pirámide de edades de los jefes de las explotaciones: en primer lugar, solo fue percibida por aquéllos que estaban en actividad desde antes de la segunda guerra mundial, acelerando su paso a la jubilación. Es necesario esperar hasta fines de los años 70 y, sobre todo, a los 80 para que se produzca el retiro progresivo de la generación, relativamente numerosa, de los que se convirtieron en explotadores en el transcurso del decenio siguiente a la liberación. Este carácter progresivo de las eliminaciones no solo ha frenado el aumento de la superficie media de las explotaciones sino que ha retrasado la introducción de nuevas prácticas de cultivo.

En el dominio de las técnicas, la evolución es, en efecto, la

de los equipamientos antes de ser la de los métodos. Los años 1960 vieran desarrollarse el uso del tractor, hasta entonces muy minoritario. Su empleo se ha generalizado a partir del decenio 1970-1980, pero se efectúa a menudo en el contexto de un sistema de cultivo todavía poco modernizado: el tractor sustituye simplemente a los animales de tiro, es decir, casi siempre a las vacas. Esta evolución favorece, por supuesto, la mejora de los rendimientos lecheros, hasta entonces muy débiles, pero será preciso esperar al último decenio para asistir por fin a la conclusión de una verdadera revolución forrajera, con una extensión espectacular de las praderas artificiales y, sobre todo, del maíz, en complemento con el desarrollo de las prácticas de ensilado.

Las observaciones que preceden son demasiado sumarias para dar cuenta de la diversidad de las modalidades de evolución y de sus resultados pero permiten, pese a ello, formular algunas consideraciones importantes. La primera es que el ritmo del cambio ha sido tan progresivo —y hasta lento—, que será preciso esperar a estos últimos años para deducir un primer balance. En efecto, durante un cuarto siglo hemos asistido a una elevación progresiva del umbral de rentabilidad de las explotaciones, expresada en el número de vacas lecheras, de 4 a 6 y después a 10 bestias. El «techo» de 20-25, visible desde hace algunos años parece más sólido en la medida en que reposa sobre precios de venta estabilizados por la política europea y se inscribe en un nuevo sistema técnico, tanto en lo referente a la producción de forraje como a la organización de la propia ganadería (selección de especies, estabulación libre y ordeñado automático).

¿Cómo se han encontrado los medios para estas mejoras, realizadas casi enteramente por agricultores de origen local, ya que los explotadores de origen exterior son a menudo neorurales, que no se distinguen en general ni por su modernidad ni por su eficacia? La cuestión concierne, en primer lugar, a los medios financieros. En este aspecto, tanto los observadores exteriores como los responsables sindicales campesinos insisten en la aportación «externa» de los capitales. Los primeros destacan la importancia de subvenciones diversas; las segundas, muy discretas al respecto, denuncian la necesidad de recurrir a préstamos generadores de endeudamiento. En los dos casos la constatación suele ser exacta, pero insuficiente. Es preciso, además, tener en cuenta dos elementos importantes, con influencia no desdeñable en la mayor parte de los casos:

— Las astucias en lo relativo a la inversión, en primer lugar, que permiten economizar capitales, bien se trate del reemplazo de material más antiguo, bien de sustituir el capital por

**CRECIMIENTO AGRÍCOLA Y CRECIMIENTO REGIONAL  
EN EL VIVARAIS CENTRAL. HISTORIA DE UN DIVORCIO  
EN LOS MARGENES NOR-MEDITERRANEOS (med. XIX-año 1980)**

130 el trabajo en la elaboración del equipamiento (construcción sobre todo).

— El recurso parcial al financiamiento familiar, lo que supone una pérdida de fondos para el Crédito Agrícola, privado de depósitos y de una parte de su función de prestamista.

La utilización, muy desigual, de estos diversos medios por los explotadores tiene como consecuencia una gran heterogeneidad de las situaciones de endeudamiento. Es que matizando, se podría decir que el militantismo agrícola en el cuadro dominante ha favorecido la adopción de modelos más «capital intensivos», la obtención de créditos en las Cajas de Crédito Agrícola y, finalmente, la aparición de situaciones de endeudamiento grave que suelen ser minoritarias. Es decir, el policultivo tradicional ha revelado una capacidad de adaptación bastante notable que podría relacionarse con la aptitud para aprovechar las oportunidades del mercado frutero ya puestas de manifiesto por el medio rural local en el curso de los decenios precedentes.

Pero el problema de los medios no se plantea aquí en términos únicamente financieros. Existen también los relativos a la mano de obra y al agua, dos dominios en los que las exigencias evolucionan de manera radicalmente opuesta. Por un lado, la necesidad de medios humanos se ha hecho muy limitada: una pareja y a veces un solo activo bastan para hacer funcionar una explotación bien organizada. El policultivo ganadero tradicional de débil productividad y la red apretada de pequeñas explotaciones han cedido su sitio a un sistema de fuerte productividad en el marco de una presencia humana muy reducida. Por otro, esta modernización ha exigido una utilización más sistemática que antes de los recursos hidráulicos locales, para el riego de los cultivos forrajeros. De ahí la creación de múltiples estanques artificiales, de capacidad a menudo inferior a 5.000 metros cúbicos, que retienen el agua de las fuentes y de pequeños cursos de agua sensibles al estiaje veraniego, permitiendo a la vez regar algunas hectáreas.

Aprovechando con flexibilidad y casi siempre con habilidad todas las oportunidades, apenas estorbadas hasta el momento por las restricciones comunitarias, las explotaciones han conseguido alcanzar un equilibrio e incluso a veces una prosperidad real, que algunos agricultores reconocen discretamente.

## II.2. Las nuevas contradicciones de la producción frutera

Sector mucho más dinámico en otros tiempos que la ganadería, la arboricultura parecía mejor armada para afrontar los problemas de la modernización. Y, sin embargo, es en este dominio donde han aparecido las dificultades más serias, aun-

que su importancia es desigual. Así, la enfermedad del castaño es dramática para este elemento de base del paisaje rural del Ardèche, pero su peso económico ya había descendido y, sobre todo, la economía del castañar se había adaptado a la posibilidad de emplear mano de obra estacional numerosa. El hundimiento de la población agrícola ha retirado, por consiguiente, una parte de su gravedad a los perjuicios de la enfermedad, cuya propagación se ha visto favorecida por la falta de cuidados, es decir, por la falta de hombres.

Las dificultades del melocotonero, que ha proseguido la conquista de las mesetas en los años 1960, son bastante más serias. Los productores han sabido adaptarse a los problemas de la mano de obra, sobre todo renunciando a efectuar por sí mismos las tareas antes más trabajo-intensivas como el embalaje, ahora realizado por cooperativas dotadas de equipamientos importantes. Pero el cultivo del árbol se ha encontrado confrontando a dos problemas mayores: la estabilidad y, a menudo, la baja de las cotizaciones y, por consiguiente, la fuerte baja real de los precios en francos constantes, que afecta también al manzano, y el agotamiento de los suelos o su sensibilidad creciente a las enfermedades del melocotón. La ausencia de terrenos nuevos, la necesidad de un cultivo cada vez más delicado y, por tanto, costoso en tratamientos y en plantas y la caída de los precios, explican la fuerte contracción de esta producción «faro» en el segundo tercio del siglo, y la búsqueda de cultivos de sustitución.

Las soluciones han sido diversas según las zonas y las explotaciones. Así, un número creciente de las ubicadas en el valle del Eyrieux se han orientado hacia el cultivo del Kiwi, con resultados financieros inicialmente espectaculares, gracias a unas cotizaciones muy elevadas, pero después más modestas. Pero el cultivo más en boga en las laderas y las mesetas situadas entre 400 y 800 metros es, sin lugar a dudas, el de la frambuesa. Numerosas granjas completan sus actividades ganaderas con la explotación de una hectárea de dicho arbusto, produciendo de 8 a 10 toneladas de fruto. Vernoux se ha convertido en uno de los principales centros nacionales al respecto y su cooperativa controlaba más del 20% de la producción francesa a mitad de los años 1980.

Este éxito se ha apoyado en condiciones naturales propicias, en particular en los suelos ligeros y la buena insolación, así como en condiciones de mercado inicialmente favorables a los agricultores. Pero las dificultades han comenzado a aparecer, revelando las exigencias de este cultivo y las contradicciones profundas de esta estrategia de desarrollo. La más evidente entre las primeras es el agua: sin riego no solo la producción es menor y de calidad mediocre sino que las propias plantas

se ven amenazadas. Otra, y no menos importante, es la de mano de obra para la cosecha. Es un trabajo penoso, de débil productividad y mal retribuido; a menudo, está constituido por adolescentes y hasta por niños, deseosos de ganar algún dinero de bolsillo, pero muchos, ante unos salarios medios ampliamente inferiores al SMIC, renuncian a intentar una segunda experiencia, por lo que es preciso renovar todos los años la fuerza de trabajo. Las soluciones podrían coexistir o bien en un aumento de los precios de venta, lo que permitiría incrementar las retribuciones o bien en la mecanización. El estancamiento de las cotizaciones desde hace unos años cierra la vía a la primera solución y, en cuanto a la mecanización, se encuentra todavía en estado experimental y parece inadaptable a campos demasiado exigüos.

Más allá de los problemas propios de una actividad que ha adquirido desde finales de la década de los 70 una importancia considerable, la agricultura de las mesetas de mediana altura ha visto desarrollarse una doble contradicción entre sus componentes herbáceo y frutícola. La primera concierne a la cuestión hidráulica, ya que los dos cultivos consumen mucha agua. Esta situación podría justificar la implantación de equipamientos avanzados si los recursos locales fueran abundantes, lo que no es el caso, salvo en lo relativo a una elevación de aguas desde el Ródano, proyecto que ya no parece estar de actualidad. Por consiguiente, los explotadores se ven obligados o bien a elegir, es decir, a sacrificar algún cultivo, o bien a reivindicar el agua en detrimento de actividades no agrícolas. Esta situación es generadora de tensiones, a las que aludiremos más adelante.

La otra contradicción es demográfica. La ganadería está adaptada a una densidad débil y la renovación de las generaciones se ha visto acompañada de una reducción del número medio de hijos por familia. Pero la frambuesa supone una mano de obra numerosa y poco exigente y conviene perfectamente como trabajo de vacaciones a los niños... que las familias no tienen.

Asistimos así a un giro de la situación en un cuarto de siglo y, sobre todo, en el curso de los últimos quince años. La actividad más tradicional es la que mejor ha conseguido cambiar y adaptarse a los nuevos datos de la demografía y las complementariedades de otro tiempo se están hundiendo de manera cada vez más perceptible. Numerosos explotadores han extraído las consecuencias del hecho, convirtiéndose exclusivamente en ganaderos. La vaca lechera e incluso, en ciertos casos, la cabra, han vuelto a convertirse en portadores de modernidad.

### III. Agricultura y crecimiento regional: la identidad entre el mito y el objetivo

#### III.1. Una disociación nueva

Esta inversión de los papeles, ¿se encuentra también en las relaciones entre la agricultura y el crecimiento regional? La respuesta pasa primero por el examen de los dos aspectos evocados en el periodo precedente: la demografía y los efectos de arrastre sobre la industria.

**A. La demografía, ¿los campesinos minoritarios?** Es preciso no engañarse: la agricultura sigue siendo el primer sector de empleo en las comunas rurales. Pero la concentración de las explotaciones y la reducción del número de activos por explotación han provocado un hundimiento de la población activa agrícola. Aunque enmascarado por la presencia de numerosos agricultores jubilados, el impacto de este fenómeno sobre la demografía aparecerá aún con más fuerza de aquí a un decenio. Mientras que el policultivo herbáceo tradicional y la arboricultura garantizaban en otros tiempos el mantenimiento de una población activa relativamente importante, la modernización y, en particular, la de la ganadería, se ha convertido en sinónimo del debilitamiento del tejido de los activos rurales. Las consecuencias son diferentes según los lugares. En las comunas más aisladas, en el interior del departamento, el conjunto de la demografía se ve arrastrado a la baja. En las otras, que no se sitúan en todos los casos en el valle del Ródano, la evolución está enmascarada o atenuada por la utilización de activos empleados fuera de la comuna y en sectores no agrícolas, que han ubicado en ella su residencia principal. En este caso, la densidad rural se beneficia de un fenómeno bien conocido, pero de extensión reciente en el interior del departamento en cuestión: la disociación espacial de la actividad y del *hábitat*. Un fenómeno que puede conducirnos a la paradoja de ver a los agricultores minoritarios entre los activos incluso en el seno de las comunas donde la agricultura es la actividad dominante.

**B. Los efectos de arrastre: de las apariencias a los bloqueos reales.** La orientación reciente de la agricultura en materia de ganadería y de pequeños frutos ha tenido aparentemente repercusiones directas sobre la industria, que conoce un desarrollo espectacular del agroalimentario, con importantes firmas de salazones en Saint Agréne y, sobre todo, en Vernoux. La cooperativa de este último desempeña un papel fundamental en materia de acondicionamiento y distribución de la produc-

**CRECIMIENTO AGRICOLA Y CRECIMIENTO REGIONAL  
EN EL VIVARAIS CENTRAL. HISTORIA DE UN DIVORCIO  
EN LOS MARGENES NOR-MEDITERRANEOS (med. XIX-año 1980)**

ción frutícola.

Las realidades son sensiblemente diferentes. Las salazones no utilizan prácticamente carne local y hacen venir el cerdo del norte de Europa, de los Países Bajos en particular. En cuanto a la leche, principal subproducto de la ganadería, los últimos decenios han presenciado el hundimiento de las estructuras de transformación locales, tanto cooperativas como lecherías privadas. Aparte de las carencias de gestión, el fenómeno se debe sobre todo a la insuficiencia cuantitativa de la producción regional: las explotaciones se han modernizado pero siguen siendo de tamaño modesto a escala europea, por lo que el umbral de las 50 vacas se supera raramente y, además, son poco numerosas. De ahí que la producción global sólo haya progresado moderadamente. Junto con otras medidas destinadas a facilitar la instalación de los jóvenes agricultores, esta situación ha tenido la ventaja de limitar la incidencia de las reglas europeas sobre las cuotas lecheras, pero presenta un grave inconveniente: la producción es insuficiente para alimentar una industria de transformación moderna, que se ha concentrado en el valle del Ródano, donde la leche fresca se transporta todos los días.

El análisis vale también para los pequeños frutos. Su elaboración se inició a partir de la cosecha local, pero se separa de ella cada vez más. Así, consiente de la importancia estratégica de una fuerte presencia en un mercado cada vez más disputado, la cooperativa de Vernoux no ha vacilado, desde hace mucho tiempo, en importar del extranjero —p.e. los mirtilos del Canadá— la mayor parte de los frutos transformados y distribuidos. Este es un modo de levantar acta de los límites de la agricultura local y un rechazo a convertir las actividades industriales y del negocio en independientes o víctimas de los bloqueos locales. Sin embargo, estos últimos no han podido ser totalmente superados, y la cooperativa sufre desde hace algunos años por el hecho de no poderse apoyar en una producción local más fuerte.

Es decir, la buena salud de las explotaciones y la del sector agroalimentario no deben confundirse. Las industrias más dinámicas son las que han conseguido desligarse, total o parcialmente de la producción local.

**C. Un indicador anejo: la fiscalidad local.** Los límites de un trabajo como el presente no permiten multiplicar los ángulos de observación. Sin embargo, las finanzas comunales merecen retener nuestra atención, precisamente porque durante mucho tiempo han dependido de los recursos locales. Así, en la conclusión de su estudio sobre la demografía del Vivarais, P. Bozon señala, entre los problemas planteados por la subpo-

blación, el de los «alcaldes de una comuna sin medios» (3). De hecho, y a pesar del peso relativo de la fiscalidad territorial, el producto de los impuestos locales era muy escaso. Pero, a diferencia de la situación descrita por P. Bozon a comienzos de los años 1960, dichas cargas ya no constituyen sino una parte minoritaria de los ingresos regulares de las comunas rurales. Después de la ley de descentralización llamada ley Defferre, de 1982, lo esencial es aportado por la dotación global de funcionamiento (DGF), a la que se añaden diversas subvenciones específicas. Más allá de los aspectos políticos del voto de esta ley, parece como si el legislador se hubiese dado cuenta de la decadencia de la economía rural y levantase acta de ella, asegurando a las comunas de este tipo, mecanismo importante en el funcionamiento del propio aparato estatal, los medios de su independencia con respecto a la actividad agrícola. En adelante, como en el caso del sector secundario, las instituciones políticas locales no serán tributarias de la actividad en cuestión.

### III.2. La identificación como objetivo

Esta discordancia entre la actividad agrícola y los elementos mayores de la evolución socio-económica local es negada por el discurso del sindicalismo del mismo tipo. No debemos de ver en ello únicamente la huella de cierto retraso de las percepciones o de las mentalidades. El resorte fundamental de tal actitud consiste en que las nuevas formas de la agricultura local han convertido a la identificación entre ambos aspectos en un verdadero objetivo, que concierne no solo a la obtención de subvenciones de origen diverso —departamental, nacional o europeo— sino también a la utilización de los recursos naturales, el espacio y el agua.

El agua, en primer lugar. Nuestras observaciones precedentes han mostrado la nueva importancia que ha adquirido, sobre todo por la extensión de su uso a los cultivos forrajeros. Esta evolución, que choca con las limitaciones de las fuentes o de los cursos de agua estacionales, impulsa en algunos casos a reivindicar la utilización de los ríos permanentes, en detrimento de otros usos del agua, sobre todo turísticos (baños, pesca), mientras que el turismo, de forma difusa o concentrada, se ha convertido en uno de los recursos fundamentales del departamento. Este intento de arrogarse el monopolio del agua pasa, naturalmente, por argumentos de interés general, apoyados en los éxitos y el papel de la agricultura y en una desca-

3. *Ibidem.* p. 316.

lificación, discreta o confesada, de los demás sectores como el turismo.

Las reivindicaciones sobre el espacio son más sorprendentes, teniendo en cuenta la extensión creciente de las tierras incultas y sin roturar. De hecho, esta actitud es a veces complementaria de las reclamaciones hidráulicas, cuando se trata de terrenos concernidos por algún proyecto de construcción de embalses. El de la Borie, en el departamento del Gard, que amenaza con inundar en aras de una utilidad agrícola discutible, uno de los valles históricos del protestantismo francés no es sino una ilustración «emblemática» de un comportamiento general. Pero las pretensiones de acaparar o dominar el espacio van más allá de estos aspectos, manifestándose especialmente por una especie de resistencia a los planes de reforestación. Esta reglamentación, adoptada en su origen para impedir la reconstrucción del bosque en las tierras cultivables, está en trance de ser utilizada para evitar su expansión en las tierras abandonadas; incluso los agricultores más agresivos reivindican la función, noble, de productor y no de «jardinero de la naturaleza». La incoherencia aparente de esta actitud se explica ampliamente por la preocupación de mantener el mercado de tierra en una situación de desequilibrio favorable al explotador pero, también, por el rechazo de un cuestionamiento ni siquiera implícito de la asimilación de los intereses del campesino y los de la comunidad. Obviamente, estas posturas han hecho surgir diferencias en el propio seno del mundo campesino, encontrándose a menudo ofendidos los propietarios de edad avanzada. Su rigidez conmina incluso a dividir a los mismos explotadores.

La afirmación obstinada de una correlación estrecha entre el interés de los agricultores y el general recibe, naturalmente, el apoyo de las organizaciones profesionales (cámaras de agricultura). A menudo, también, es apoyada por la administración departamental, bien por razones políticas, bien, al menos en algunos escalones subalternos, a causa de tal dependencia con respecto al sindicalismo agrícola que roza a veces el servilismo. Los desacuerdos, sin embargo, no faltan, incluso entre ciertos explotadores más dinámicos, pero que no se atreven a expresarse abiertamente. El resultado es paradójico: el discurso de identificación que, por el momento al menos, no tropieza con ningún verdadero contra-discurso, alcanza su apogeo en el mismo momento en que ha perdido gran parte de su validez; la razón es clara: su función ya no reside en el análisis de una realidad, sino en servir de útil y hasta de arma a un verdadero bloque de poder.

## Conclusión

Los análisis precedentes necesitarían múltiples matizaciones y complementos. Algunos, incluso, parecen provisionales. Sin embargo, creo que nos permiten apoyar sólidamente dos series de conclusiones, las primeras sobre la metodología y las segundas sobre los problemas de fondo.

La evolución de las relaciones entre economía agrícola y crecimiento regional posee una incidencia metodológica evidente. Su prolongada solidaridad ha justificado una aproximación exclusivamente agrícola a los problemas del campo: el discurso de Pierre Bozon, en los años 50, corresponde a una tradición de la geografía humana francesa que, en el caso del Ardèche, no estaba aún pasada de moda científicamente. Su tesis marca, pese a todo, el fin de una época: desde la década 1960, el foso entre agricultura y crecimiento región ha hecho caducar toda pretensión «globalizadora» a partir de un estudio exclusivamente agrícola.

Aparte de estas cuestiones, la complejidad creciente de la economía y de la sociedad rurales plantean un importante problema de fuentes documentales. Ciertamente, disponemos del Catastro o de los censos, pero, ¿cómo apreciar la contribución de los diferentes sectores al crecimiento regional o a los cambios intersectoriales? Para ello, haría falta disponer de indicadores cuantitativos para los que el marco de la región, el del INSEE, parece demasiado vasto. La imperfección de los útiles de trabajo constituye un terreno favorable para la producción de discursos y de artículos de los que ya hemos señalado la función más instrumental que científica.

En el fondo, la evolución de las estructuras de producción en los últimos decenios parece marcada por cierta fascinación con respecto a dos tipos de modelos: uno mediterráneo, el de la arboricultura especulativa de regadío, y otro atlántico, basado en la ganadería intensiva, con una fuerte sustitución de los factores de producción, retrocediendo relativamente el espacio y el trabajo ante el agua y el capital. De manera significativa, ambos se utilizan como pretexto de las protestas de los agricultores contra la concurrencia, con un desequilibrio a favor del modelo meridional, cuya adopción suscita mayores dificultades, sobre todo a causa de una subestimación de los dos factores mayores de la agricultura mediterránea, el agua y la mano de obra.

Finalmente, este comportamiento ambiguo está en armonía con la situación del departamento en los márgenes del Mediterráneo. Por consiguiente, no es sorprendente que engendre múltiples contradicciones ni que sea generador de fragilidades. Para el capital, la mano de obra y, sobre todo, el agua,

**CRECIMIENTO AGRICOLA Y CRECIMIENTO REGIONAL  
EN EL VIVARAIS CENTRAL. HISTORIA DE UN DIVORCIO  
EN LOS MARGENES NOR-MEDITERRANEOS (med. XIX-año 1980)**

134 la nueva agricultura de las mesetas intermedias del Ardèche se encuentra en una situación límite, sobre todo cuando el explotador intenta incrementar en exceso los rendimientos por hectárea o jugar en dos tableros: la ganadería y la arboricultura. Esta vulnerabilidad se relaciona sobre todo con los problemas hidráulicos; desde hace dos decenios, por lo menos, los agricultores muestran una mayor sensibilidad a la sequía estival. Mientras que los fenómenos cíclicos de este tipo eran absorbidos sin demasiados daños por las estructuras tradicionales, la falta de pluviosidad de 1976 y 1989 tuvo serias consecuencias en el equilibrio de las explotaciones. En el fondo, la nueva agricultura ha acumulado las necesidades de agua de los dos modelos, ni disponer de los recursos naturales del noreuropeo ni dotarse de la infraestructura del mediterráneo.

¿Cuál es el medio de escapar a esta contradicción? El recurso al Estado, naturalmente, y bajo una doble forma. La primera, expresada con fuerza en 1976 y de nuevo en 1989, es una demanda de indemnización por los efectos de la sequía, lo que conduce a presentar como un simple accidente coyuntural a un episodio cuya gravedad, desigual pero real, afectó a las nuevas estructuras de la economía rural. El Estado y la CEE han sido, por otra parte, presionados para que financien, por medio de subvenciones, la realización de equipamientos de regadío avanzados, cuya amortización no será posible con la producción regional. Solicitar al poder político la asunción de estas funciones de regulador y financiero no es compatible con la creencia en el papel motor de la agricultura en el seno del crecimiento regional, salvo si se asimila ese papel al de su simple relevo de las políticas de acondicionamiento del espacio nacional o europeo. Más allá de los logros individuales de las explotaciones y del propio caso del Ardèche, es el problema de la autonomía de los crecimientos regionales lo que se plantea.